

Embalses de la Siberia y la Serena

Esta ruta cubre una distancia de aproximadamente 400 Km., y se realiza en cuatro días, aunque es mejor si se dispone de al menos uno más.

En este lapso de tiempo y kilómetros recorreremos los límites sudoriental y nororiental de Cáceres y Badajoz respectivamente. Tierras de fuertes y ricos contrastes paisajísticos.

Hablar de los embalses de La Serena y de la Siberia es hablar del **Plan Badajoz** -la más radical transformación de la provincia a lo largo de su historia-, de los cientos de miles de hectáreas puestas en regadío, y de las docenas de nuevos pueblos construidos, denominados de colonización . Plan esbozado a principios del siglo XX, puesto en marcha por la República y desarrollado, irónicamente, en los años de la dictadura.

En la zona que nos ocupa los embalses son cinco: tres en el curso del Guadiana – Cijara, García de Sola y Orellana, y dos en su afluente, el Zújar: uno, el que lleva el mismo nombre del río, y dos el de La Serena, que se inauguró en fechas tan recientes como 1990. Juntos suman una capacidad de almacenaje de 6.395 hectómetros cúbicos, cifra colosal si se tiene en cuenta que supone el 12 por ciento del total de España; sólo La Serena, con 3.219 hectómetros cúbicos, representa el 6 por ciento. Cuando están llenos, claro, porque en la actual coyuntura de déficit pluviométrico es una suerte si se hallan mediados. De hecho, el de La Serena sólo se ha llenado una vez, durante el invierno de 1997-98.



Primer día: 76 km.

Partimos de la localidad cacereña de **Navalmoral de la Mata**. Si estamos en el

pueblo, salimos hacia la autovía en dirección Madrid y sin incorporarnos buscamos la salida 178, que es donde se enlaza con la EX 118, también conocida como carretera de los Ibores. Llevamos 15 km. recorridos, y nada más cruzar el embalse de Valdecañas, sobre el curso del río Tajo, está la primera parada: a nuestra izquierda, la columnata romana de **Augustóbriga**. Son los restos de un templo dedicado a Diana o al culto del Emperador. Los curiosos deben saber que éste no es su emplazamiento original, sino que el monumento fue trasladado piedra a piedra desde Talavera la Vieja (Augustóbriga) en 1963, poco antes de que el pueblo fuera anegado por las aguas del embalse. Otro dato llamativo es que en la iglesia había un retablo salido del taller de El Greco, que cuando la inundación se lo llevaron a la sede de la diócesis (Toledo) para restaurarlo, y que de él nunca más se supo.



El acceso al templo romano desde la carretera es un tanto delicado a causa de la gran velocidad a que circulan los coches. Una vez conseguido esto, nos encontraremos un amplio espacio para descansar, con buenas vistas. Si la visita se realiza en otoño-invierno, como ahora, es posible ver bandadas de grullas que pasan de los comederos (dehesas) a los dormideros (orillas del embalse) por la tarde, y a la inversa por las mañanas.

El lugar no está todo lo cuidado que debiera: hay basura esparcida por doquier, escombreras ilegales al otro lado de la carretera, e incluso un camino que permite acceder en coche hasta el pie mismo del monumento. Un triste espectáculo que las autoridades competentes harían bien en remediar.

Tras la visita seguimos camino. Pasamos Bohonal y nos adentramos en la comarca de **Los Ibores**, famosa por sus quesos, y que esencialmente está formada por un valle que recorre el río del mismo nombre. Subimos una dilatada pendiente del 10 % y al coronarla nos vemos en una especie de meseta. A nuestra derecha divisamos el

peculiar relieve apalachense de la vecina comarca de Las Villuercas. La vegetación está formada fundamentalmente por encinas, castaños, olivos y también jaras.



Vamos ahora a gran altura sobre el río. Antes de entrar en **Castañar de Ibor** pasamos sobre la profunda garganta Salóbriga. El sufijo – briga nos habla de la cercana y probable presencia de un castro prerromano, aunque no he oído nada acerca de ningún yacimiento arqueológico por la zona. En cambio, lo que sí tiene Castañar es una cueva, recientemente abierta al turismo. A partir de este pueblo veremos la negra huella dejada por el incendio que arrasó la comarca en el verano de 2005. Las llamas literalmente rodearon la población, que tuvo que ser evacuada.

Entre alcornoques chamuscados y flanqueados a nuestra derecha por la Sierra de Viejas llegamos a **Navalvillar de Ibor**. Ahora la carretera asciende, siempre pegada al cauce. El paisaje se va haciendo más y más cerrado. En este tramo se recomienda precaución, porque aunque esto no es Finlandia, bien puede suceder que nos encontremos ciervos o jabalíes que crucen la carretera, sobre todo si es de noche o si huyen despavoridos por ser temporada de caza, como es ahora el caso.

Una pernocta de altura 4 km. antes de llegar a Guadalupe, y justo antes de comenzar el descenso, nos desviamos a la derecha por una estrecha carretera que, en 11 km, nos llevará a coronar los 1.600 m. del **Pico Villuercas**. Si exceptuamos Gredos, es la montaña más elevada de toda Extremadura y, por supuesto, el punto más alto accesible en automóvil.



Hasta hace no muchos años había aquí una guarnición militar, cuya misión era custodiar el centro de telecomunicaciones que existe en la cima, y te encontrabas carteles que rezaban admonitoriamente Carretera militar. Prohibido el paso. Hoy los carteles ya no están, ni los militares tampoco; el centro, sin embargo, continúa operativo. Como el Pico Villuercas, dada su altura, es visible en muchos kilómetros a la redonda, cuando yo era pequeño y veía brillar las luces, lo oía nombrar como "La base de los americanos." Realmente no sé si alguna vez hubo técnicos estadounidenses aquí arriba, lo que sí me han comentado, en cambio, es que este centro desempeñó un papel muy importante durante la Primera Guerra del Golfo.

La vegetación invade los laterales de la carretera en sus múltiples vueltas y revueltas. No hay mucho espacio para que se crucen dos coches, aunque por fortuna el tráfico es escaso. Estamos a 1.400 metros de altura cuando aparece una contingencia no calculada: la niebla. Una pena, porque lo mejor de este sitio son sus increíbles vistas.

El mejor lugar para dormir lo encontramos a los 9 km. de ascensión: a la derecha de la carretera, en una curva, veremos una amplia explanada. De aquí a la cima quedan dos kilómetros; desaconsejo continuar con la auto, ya que arriba no es fácil dar la vuelta.



Cuando aparcamos ya está por completo oscurecido. Fuera de la auto hace un frío que pela. La niebla se abre un momento y es posible distinguir las luces de Guadalupe, casi mil metros por debajo de nosotros.

Esperemos que mañana despeje y podamos ver lo que nos ha traído hasta aquí.



Segundo día: 70 km

La verdad es que ha sido una noche con reminiscencias cabonortescas : durante la noche se levantó viento, y en varias ocasiones nos despertaron violentas ráfagas bamboleando la auto. Llovía esporádicamente, y las gotas se estrellaban con tanta furia contra ventanas y claraboyas que parecían arena.

Hoy es domingo 4 de Diciembre. La niebla no sólo no se ha disipado, sino que se ha hecho más espesa aun. Nuestro gozo en un pozo. Desayunamos, organizamos y nos movemos. Por suerte no hay nieve ni hielo en el pavimento.

A partir de los 1.200 m. de altitud recuperamos la visibilidad. Está claro que no se puede subir al Pico Villuercas con mal tiempo, pues atrae las nubes como un pararrayos. Nos queda, en cambio, el consuelo de saberlo cerca de casa y que volveremos, seguramente en primavera.



Al llegar de nuevo al cruce de la EX 118 estacionamos y a pie cruzamos la carretera para visitar el Humilladero que hay al otro lado. Fue construido en el siglo XV y es de pizarra y ladrillo, a semejanza del Monasterio. Éste es el punto desde donde los peregrinos divisaban Guadalupe por primera vez; una especie de Monte do Gozo a la extremeña. Al parecer, y según reza una inscripción en la puerta, Guadalupe estaba especializado en cautivos liberados de África; ésa es y no otra la razón por la que Cervantes anduvo por estos pagos. Junto al humilladero hay espacio amplio y llano donde pernoctar varias autos, si bien desde la carretera el acceso es algo estrecho debido al denso manto de jaras que lo flanquea.

Después bajamos hasta **Guadalupe** Hoy no nos entretendremos en tan famosa localidad, sino que la circunvalaremos hasta encontrar la EX 102, que es la carretera que lleva a **Alía**, llena de curvas y recurvas. Pasado el susodicho pueblo iniciamos el descenso al valle del Guadarranque, río tributario ya del Guadiana. El tiempo nos mejora.

A los pocos km. de cruzar el río giramos por una carreteruela que sale a la derecha. Hace doce años, la primera y única vez que pasé por aquí, era estrecha y mala. Ahora lo sigue siendo, pero pasamos con la auto sin problemas gracias a la inexistencia de tráfico. En este tramo y al lado izquierdo encontramos dos puntos de agua para los servicios antiincendios. A priori no son potables, pero puede servirnos para llenar el depósito de limpias. Si tenemos con qué, claro.



Tras 10 km. de tortuoso discurrir entre eucaliptos, salimos y torcemos a la derecha en la N 502, que es la carretera de Córdoba a Ávila y que comparada con la anterior nos parece futurista. Bajamos velozmente hasta el primero de nuestros embalses, el de **Cijara**. Éste es el más grande de los tres que regulan el Guadiana en este tramo. Fue el primero en inaugurarse, y también el que tuvo una construcción más dilatada: empezaron las obras en 1932, pararon con la guerra y sólo se terminaron en 1956. Se halla ubicado en una zona muy montañosa, como lo prueba el recortado perfil de sus orillas. A partir de este punto podemos decir con toda propiedad que entramos en la

Siberia

¿Por qué este nombre tan curioso? Se sustentan diversas teorías: unos dicen que, a semejanza de Las Hurdes, la zona sirvió como lugar de destierro para prisioneros políticos. Otros opinan que el nombre se debe a lo lejos que estaban sus habitantes de la capital provincial –más de 200 km. en algunos casos-. Por último está quien reivindica el nombre de Los Montes para la comarca, ya que estamos ante una prolongación de la homónima y limítrofe comarca toledana. En cualquier caso estamos en una zona caracterizada por una acusada despoblación y por el intenso aprovechamiento hidroeléctrico y forestal.

Cruzamos al otro lado de la presa, y desdeñando el cartel que a la izquierda envía hacia Helechosa, nos desviamos hacia la derecha y descendemos hasta el pie de la presa. Al cabo de 1 km, nueva bifurcación; de nuevo a la derecha, por la antigua carretera que sepultó la gran obra hidroeléctrica. Llega un momento en que aparece un camino por el que podemos acceder con nuestro vehículo a un prado a orillas del Guadiana. Como el suelo está drenado y es muy compacto, las ruedas no patinan. Aquí, rodeado de alcornoques, tenemos el sitio más tranquilo e idílico del mundo para pernoctar. Aconsejo alejarse un poco tanto de los transformadores de la central como

de la línea de alta tensión, por aquello de la contaminación electromagnética. >



Aguafiestas>

Llega la hora de estirar las piernas. En lo alto de la presa hay carteles indicando una ruta que lleva al mirador de Cijara. El trayecto (ida) es de 3 kilómetros, y el desnivel de apenas 100 metros, pero nosotros preferimos internarnos en la Reserva por la pista de tierra que prolonga la bajada al pie de la presa. Es por la tarde, y en varias ocasiones vemos cómo ciervos y sus crías cruzan la carretera y bajan al río para beber. Se los ve desconcertados, y no es de extrañar: desde hace horas, andanadas de tiros martillean desde un coto cercano. Se trata de una montería. Se oyen cuernos y todo, como en la Edad Media. Nos sentimos inseguros, por si un disparo o una jauría de perros se escapan hacia esta parte. Cuanto más pasan los años menos comprendo qué placer puede haber en abatir un animal salvaje, como no sea el del asesinato. Tengo la sensación de que la caza sólo existe para canalizar las pasiones más bajas de determinados individuos, y que si se prohibiera ahora mismo habría un aumento en el número de homicidios. Estoy seguro, sin embargo, que un poquito más de evolución nos alejará definitivamente de estas prácticas bárbaras y ancestrales.

(Si en algún momento me pareció que mis planteamientos anti-caza eran excesivamente radicales, dichos escrúpulos se disiparon cuando al volver a casa me enteré por la prensa de que el SEPRONA había detenido a los dueños de una finca de Monterrubio de la Serena en donde, por encargo y previo pago de una abultada suma, se podían matar lobos, lince e incluso... tigres y leones.)

Tercer día: 75 km.

Ha hecho bastante menos frío que la primera noche; ni siquiera hemos puesto la

calefacción. Aprovecho la fresca para dar un paseo y hacer fotos. Alrededor de la auto están las huellas de los animales que nos han rondado por la noche, y que nosotros no hemos oído.



Mientras, medito sobre nuestra ruta para hoy. Se nos presentan dos opciones: una es la que traíamos prevista, que por Helechosa y Villarta bordea la Reserva de Cijara. Pero como no tenemos mucho tiempo nos vamos a decantar por la segunda: seguir la N 502 hasta **Castilblanco**, y luego por Valdecaballeros hasta Puerto Peña, que es como se conoce popularmente a la presa de García de Sola. La distancia recorrida es aproximadamente la mitad.

Necesitamos comprar algunos víveres, de manera que entremos en Castilblanco. Este pueblo se halla en lo alto de un otero visible desde la carretera; por eso, las veces que he pasado por aquí nunca ha surgido la oportunidad de subir a verlo. Ahora, en cambio, sí; para mí resulta curioso entrar en un pueblo de Extremadura en el que jamás he estado. El casco urbano se alarga siguiendo el perfil de la cresta. Dado lo privilegiado de su situación, desde el final de casi cualquier calle podemos gozar de unas imponentes vistas. Si miramos en dirección a Valdecaballeros, veremos a tiro de piedra las obras de la inconclusa central nuclear. En cuanto a Castilblanco, lo más interesante son las sinuosas callejuelas del barrio Picocerro, de origen árabe, y el templo dedicado a San Cristóbal Mártir, edificado en el siglo XV sobre las ruinas del antiguo castillo (de ahí le viene el nombre al pueblo). Personalmente no soy amigo de las iglesias de granito enormes y rimbombantes; sí en cambio de estas otras mudéjares, hechas de ladrillo y pizarra, que despiertan en lo hondo oscuros e ignorados ecos, acaso es la sombra de los antepasados que resuena en mi sangre.



El peso de la historia

Castilblanco saltó a la primera plana de la actualidad política en los primeros días de 1932 por un hecho infausto: los jornaleros del pueblo se hallaban en huelga debido a sus míseras condiciones laborales. Al final de una manifestación, uno de los guardias civiles presentes disparó y acabó con la vida de un campesino; este hecho colmó el vaso de la paciencia del pueblo que, cual nuevo Fuenteovejuna, se arrojó sobre los cuatro guardias del puesto y terminó linchándolos. El suceso provocó una dura represión tanto aquí como en otras zonas del país, lo cual trajo como consecuencia que el Director de la benemérita, general Sanjurjo, fuera destituido de su cargo, y el país se deslizó un poco más hacia la guerra civil.

Mucho ha llovido desde entonces, aunque no sé si lo suficiente como para lavar el odio y la sangre. La vida aquí siguió siendo dura, y mucha gente tuvo que elegir el camino de la emigración –cuando los luctuosos sucesos, el pueblo tenía 3.000 habitantes, más del doble que ahora-. Las matrículas de casi todos los coches que vemos son de fuera.



Aunque teóricamente es posible cruzar el pueblo con la auto, no queremos adentrarnos por tan angostas calles, de modo que desandamos camino hasta el cruce con la nacional. Proseguimos por ésta y un poco más adelante nos desviamos en dirección a **Valdecaballeros**, que está a 12 km. escasos. La carretera es por aquí más estrecha y con muchas curvas. Este pueblo vivió una especie de fiebre del oro durante los años setenta y principios de los ochenta, mientras se construía la central nuclear. Hoy día, el único recuerdo que queda es el poblado de los técnicos, auténtica urbanización de lujo que, cuando se canceló el proyecto, una empresa se encargó de revender a particulares.

Hasta Valdecaballeros llega una de las colas del embalse de García de Sola. De aquí a la presa hay 22 km. que se adaptan al trazado sinuoso del terreno, alejándose unas veces del agua y acercándose otras. Poco antes del muro del embalse existe una fuente de renombrada fama, pero son tales las colas que se montan que coger agua se ha vuelto misión imposible. Por fin llegamos a **Puerto Peña**, llamado así por el impresionante farallón de cuarcita que se yergue trescientos metros sobre el cauce del río. Cruzamos la presa, que por cierto recuerda mucho a la de Cijara. El embalse está bastante lleno. Sobre una gran roca que sobresale del agua secan sus alas varios cormoranes.



Tomamos la carretera que va en dirección a Herrera del Duque. Unos cientos de metros más allá hay un aparcamiento de enormes dimensiones, lleno de coches de veraneantes en época estival, vacío en otras. Y es que al otro lado de la carretera se ha habilitado una pequeña playa fluvial.

En este lugar comemos. Después iniciamos la excursión a pie al peñón. Son 250 metros de desnivel, y se asciende por un camino que va hacia la derecha, justo antes de entrar en un merendero visible desde el aparcamiento. Se tarda aproximadamente una hora en subir y media en bajar. El camino se transforma en senda. Los pasos conflictivos están señalizados. Recientemente, el propietario de la finca ha tratado de impedir el paso poniendo una alambrada que la gente, con muy buen criterio, ha echado abajo.

Como la ruta es por la umbría, la vegetación es exuberante y muy densa. Hay tramos en los que la ascensión se vuelve realmente dura. Sabemos que ya queda poco cuando llegamos a la Cueva de la Mora. Un esfuerzo más y ya estamos arriba; comprobaremos que ha valido la pena. Con un poco de suerte veremos docenas de buitres leonados y otras aves sobrevolando por encima de nuestras cabezas, e incluso por debajo. La sensación de espacio y de terreno divisado es inconmensurable. Sólo una nota discordante: el viaducto recientemente construido a los pies mismos del peñón. Pero ésa es otra historia.



De vuelta a la auto, cansados pero contentos, procedemos a recorrer los últimos 25 km. del día. Primero hasta **Talarrubias** por una carretera estrechísima y bamboleante. Después, sin necesidad de entrar en la población, hasta **Puebla de Alcocer**. Circunvalamos también esta localidad camino de Cabeza del Buey, pero nos desviamos a la derecha a los pocos kilómetros para entrar en la pequeña localidad de **Galizuela**. Una vez allí seguimos por la antigua carretera, que halla cortada por sumergirse un poco más adelante en las aguas embalsadas de La Serena, pero como no encontramos un sitio llano optamos por quedarnos a la puerta del cementerio, lugar tranquilo donde los haya. Pernoctamos a la vista del embalse, auténtico mar interior en el que se refleja la luna.

Cuarto día: 176 km.

Amanece. Poco a poco la luz se extiende sobre la lámina de agua y sobre los pelados cerros que hay detrás. Hace rato que el sol ha puesto relieve en el castillo de Puebla, que se yergue orgulloso sobre la sierra.



Yo observo y fotografío todo. Luego, mientras Bego desayuna, me voy andando hasta Galizuela. El diminuto pueblo, al abrigo de la sierra, continúa en la sombra, y hace bastante frío. Paseo por sus desiertas calles, asusto a la única cigüeña que anida en el campanario y luego converso con una de las dos señoras que dan de comer a un montón de gatos. El silencio de la mañana sería perfecto si no fuera por el contrapunto bélico e intermitente de los disparos de escopeta –hoy también es día hábil, hay que fastidiarse-. Los cazadores, en busca de los zorzales, se apostan en los olivares, muchas veces en las proximidades de viviendas y caminos, y constituyen un peligro para todo el que pase por allí.

Desde Galizuela hay una ruta señalizada hasta las ruinas de un convento-fortaleza templario en lo alto de la sierra, pero nosotros venimos con idea de subir hasta el castillo de Puebla. Por eso, de vuelta en la auto, arranco y recorremos los pocos km. que nos separan de **Esparragosa de Lares**. Estacionamos y preguntamos por el camino a la ermita de la Virgen de la Cueva, literalmente empotrada a los pies del castillo. Llevamos un silbato, que hacemos sonar cuando los disparos se oyen demasiado cercanos.



Después de la ermita, la fortaleza. Para subir hasta ella debemos desandar un trecho del camino y subir por el otro brazo de la Y griega. Llegamos así a la carretera que viene desde Puebla.

Son 260 metros de desnivel los que median entre Esparragosa y lo alto de la torre del homenaje, pero las increíbles vistas bien merecen la pena: el Pico Villuercas, Puerto Peña y, por supuesto, toda la comarca de La Serena.

Ensalada de embalses

Tras el descenso y de vuelta a la auto, atravesamos las estrechas calles del pueblo, por donde en ocasiones no cabe más de un vehículo. Enseguida salimos a la EX 103.

Serena parece provenir del árabe serna , que significa llanura. Atravesamos ahora por su parte norte esta zona que es la más esteparia de Extremadura –algunos manuales la definen como un desierto en formación-. Pero La Serena no siempre fue así: antaño toda la zona estuvo poblada de árboles, pero su utilización como terrenos de pastoreo para el ganado trashumante a lo largo de los siglos –La Mesta- y el subsiguiente arranque de encinas originó el paisaje que contemplamos ahora, no exento de encanto.



La primera de las presas que cruzamos es la de La Serena. Conociendo su extensión y capacidad, uno esperaría quizá un muro más grande. A continuación viene la del Zújar, reducida ahora por su hermana mayor a la condición de contraembalse. El paisaje se hace más austero, y a los lados de la carretera aparecen afloramientos de pizarra popularmente denominados dientes de perro . Un cambio en la divisoria de aguas y estamos otra vez en el Guadiana, sobre la presa de Orellana. Nos sorprende la gran cantidad de gaviotas y cormoranes que pueblan estas aguas. Además, en esta zona pasan el invierno más de tres mil grullas venidas del Norte de Europa.

Nuestro viaje está tocando a su fin. Ponemos rumbo Norte, y por **Orellana y Acedera** llegamos a la zona de regadíos de **Madrigalejo**. Como nota curiosa diré que en este pueblo, en 1516, le alcanzó la muerte a Fernando el Católico cuando iba camino de Andalucía.

Enseguida de pasar la localidad paramos para comer a la derecha, en una estación de tren abandonada: pertenece a la inconclusa línea Villanueva de la Serena-Talavera de la Reina, cuyo tramo extremeño –al igual que en su día el toledano de la comarca de la Jara- está a punto de inaugurarse como vía verde.

Queda poco por contar. **Zorita, Trujillo**, y autovía hasta **Navalmoral**, donde finaliza este intenso y colorista itinerario.



BIBLIOGRAFÍA ÚTIL

HOYAS SANTOS, Juan María

EXTREMADURA EN BICI
Cáceres, 2001. Autoedición

FERNÁNDEZ CALVO, Carlos BADAJOZ, 40 ITINERARIOS
Madrid, 2001. Ed. El Senderista

RODRÍGUEZ, José Luis 101 ECORRUTAS DE FIN DE SEMANA
Barcelona, 1999. Ed. Planeta